

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Un crítico frente a un demoledor”

p. 17-30

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



UN CRITICO FRENTE A UN DEMOLEDOR

Fué el porfirismo uno de los períodos más fecundos para la investigación histórica. Hubo en esta época hombres de la categoría de don Manuel Orozco y Berra, que escribieron colocándose por encima de toda pasión política.

Bien es cierto que la misma naturaleza de las obras publicadas por don Manuel Orozco y Berra, coadyuvaba para que su autor se mantuviese en un plano de equilibrio. Pero no era factor deleznable, para lograr una posición tan ponderada, la probidad misma del exímio escritor. Hombre de un gran decoro en todos los órdenes de su conducta, hacía contraste con la disparatada manera de actuar de personajes como don Genaro García.

En este último habría que ver un aspecto favorable y uno negativo. México debe agradecerle el haber contribuido con su gran actividad, a la publicación de archivos y documentos de inestimable valor para el conocimiento de la historia de México. Pero le tendrá que censurar su mala fe de crítico, al juzgar ciertos aspectos de la historia.

Pero sus mismos pecados se le perdonan, cuando se considera, que si bien había algo de perversidad dentro de su alma, era su ingenuidad infantil el elemento predominante en sus juicios.

Un tanto emparentado espiritualmente con Guillermo Prieto, Genaro García era en cierto modo, un continuador de don Carlos María de Bustamante. Embusteros y poco escrupulosos estos tres hombres, escribían con el propósito de conmover la imaginación popular.



P R I M E R O S V U E L O S

Los contemporáneos de Bustamante, como Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Lucas Alamán, incomparablemente superiores por su talento, y que más de una vez se mantienen en el más puro plano de serenidad y ecuanimidad, fueron sin embargo fundamentalmente escritores subordinados a determinado credo político. Yo no quiero condenar a quien dominado por la más honda pasión política, escribe un libro de historia, dentro del cual —acaso contra las reglas mismas de la ciencia histórica— defiende a todo trance sus preferencias o ataca sus antipatías. Muchos historiadores del siglo XIX y albores del presente, fueron más bien hombres de acción que de pensamiento. Debemos respetar su actitud, pero precisa juzgar desde la perspectiva de nuestro tiempo.

Ahora bien, el Porfirismo es una época de paz que anheló armonizarlo todo, que sincretizó doctrinas que parecían inconciliables. Permitió a ciertos historiadores de esa época, lograr una fineza analítica profunda.

Frente a un grupo de gente que escribía la historia, escondiéndose detrás de una falsa erudición estaban los que desde la más alta posición filosófica y científica, aspiraban a construir obras emancipándolas del sectarismo tradicional.

Si había gentes como Genaro García, Guillermo Prieto y Pérez Verdía, que no sentían ningún escrúpulo en publicar fábulas con el carácter de verdades incontrovertibles, no faltaba quien pudiera notarlo, y utilizara las armas de la ironía más fina para desprestigiarlas.

Un hombre resume toda aquella inconformidad contra la impostura histórica, denunciante de falsedades, destructor de hipérboles, su obra demoledora es uno de los esfuerzos más loables hechos durante el Porfirismo, para depurar a la historia patria de las nieblas en que la habían envuelto la pasión política o la ignorancia.

Pero este hombre que se llamó Francisco Bulnes, desgraciadamente construyó también sofismas y fabricó hipérboles tan graves, que sólo pueden compararse con las imposturas por él derribadas. Profundo conocedor de las debilidades y erro-



UN CRITICO FRENTE A UN DEMOLEDOR

res de ciertos escritores mediocres de su tiempo, supo herirlos con golpes certeros. Pero cuando delante de él se levantaba un gran talento, de esos que es difícil derribar de un solo tajo, el hombre tuvo el cuidado necesario para no lastimarlo. Conocido ampliamente como tribuno y como escritor, aparece sin embargo hasta 1904 con su primer libro polémico intitulado: *“Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia”*.

Aquella obra fué el toque de atención, era el principio de una polémica de grandes vuelos, en que tomarían parte figuras de gran significación.

De momento Bulnes había dirigido su mirada analítica, para estudiar unas dos décadas de la historia de México. Tres aspectos fundamentales toca la obra de Bulnes: la expedición de Barradas, la campaña de Texas y la primera guerra con Francia.

Don Fernando Iglesias Calderón apareció en escena con sus débiles ataques y la flaqueza de su dialéctica, aun cuando mostrando con su adversario una cabellerosidad innegable. Mas don Francisco se reía de aquel rival, aunque manifestara publicamente que reconocía en él, a un hombre que sabía combatirlo desde un plano de altura y de decencia.

Para refutar a Bulnes, era preciso un dialéctico y un escritor de su misma dimensión. Pereyra fué ese hombre y peleó en una forma tan serena, tan valiente y tan caballeresca, que ni don Justo Sierra al atacar más tarde a Bulnes, lo haría con mayor respeto.

Pereyra estaba profundamente convencido de lo difícil que resultaba acercarse a Bulnes sin prejuicios. Era indispensable “examinarlo con lentes, escudriñarlo con pinzas, y pesarlo en balanzas de precisión”³

Como punto de partida, fija Pereyra la imposibilidad de que puedan existir “las grandes mentiras de la historia”.

“En puridad, podemos decir las verdades de la historia y nunca las mentiras de la historia, como podemos decir: Las verdades de la química y no las mentiras de la química.”

³ Carlos Pereyra, De Barradas a Baudin, pág. 3.



P R I M E R O S V U E L O S

...El legendario Carlo Magno que en una sentada se comía medio carnero y aun tenía apetito para golosinas de menos sustancia; el Rolando que de un tajo hendía una montaña y cuya trompeta de marfil se oía a tres leguas de distancia; el Cid batallador que ganaba ya muerto una batalla; la Quivira y Cibola fabulosas de Fray Marcos de Niza y de Cabeza de la del Mio Cid, ni la de Cibola y Quivira. No está integrada por estas mentiras; al contrario, las analiza y disuelve. Se me dirá que en un tiempo fué verdad histórica la leyenda del Cid. Sí, y en un tiempo fué química el pandemonium de los alquimistas; pero cuando lo que se creía verdad llegó a considerarse como un error, éste dejó de formar parte de la ciencia.

Pero si se rebela contra el indebido título de la obra de Bulnes, reconoce en cambio que hasta cierto punto se justifica que declare que los libros de texto históricos de su tiempo, están plétóricos de falsedades.

Como secundando a Bulnes en una campaña depuradora, lanza serios ataques contra gentes como Pérez Verdía y Gregorio Torres Quintero, por “su falta de respeto a la cultura de su siglo”. Pero en cambio declara que México contaba con obras de historia tan sólidas como las producidas por Alamán, por Agustín Rivera, por Alfredo Chavero, por Manuel Orozco y Berra.

Pereyra sigue con supremo cuidado y gran interés el desarrollo del pensamiento del autor de “*Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia*”. Por momentos analiza con una frialdad de laboratorio, pero le es imposible sustraerse de cuando en cuando a la posibilidad de caer en los brazos de la emoción patriótica. Más aún, el hombre se lamenta de que dentro de la obra de Bulnes no se hable de la patria en términos claros y precisos:

“Y la Patria misma, ¿qué es, en dónde está? No en el libro del Sr. Bulnes, por el que pasa ignorada o desconocida. No

⁴ De Barradas a Baudin, ob cit., págs. 9 y 10.



UN CRITICO FRENTE A UN DEMOLEDOR

*niago, entiéndase bien, que el señor Bulnes sienta con intensidad el amor patrio: en muchos de sus escritos, habla emocionado y elocuente, el patriota devoto. A nadie imputaré, sin razones muy sólidas, falta de amor patrio, y menos a quien, como el Sr. Bulnes, consagra a México sus fecundas vigiliias, las fuerzas de su espíritu genial y una elocuencia conmovedora y generosa. Lo que niago es que el señor Bulnes nos muestre a la Patria viviendo en la Historia”.*⁵

En donde Pereyra demuestra tener mayor caudal de documentación histórica, es en la parte relativa a la campaña de Texas. Nadie después de él ha podido superarlo en la comprensión de este tema, con excepción de Vito Alessio Robles. Buen hijo de Coahuila y buen mexicano, don Carlos supo escudriñar el tema con el más alto respeto a la verdad y con el mayor cariño, aun cuando al igual que a don Vito Alessio, le hubiera acontecido que terminaba de escribir alguna página con la ceniza de la amargura en los labios. Y es que en el caso de Texas, por lo que se refiere a los mexicanos, “hubo hombres pequeños para infortunios en que eran necesarios corazones de heroísmo clásico”.⁶

Pero si a través de su libro *De Barradas a Baudin*, Pereyra es el polemista que persigue incansablemente a Bulnes, el hombre nos ha dejado sin embargo algunos de sus fragmentos afirmativos más brillantes y sólidos. Treinta o cuarenta años más tarde, Pereyra se olvidaba por desgracia de muchas de estas páginas, que constituyen algunos de los mejores párrafos que haya escrito en su vida.

Para don Vicente Guerrero y para don Manuel Mier y Terán tiene uno de los elogios más hermosos y justicieros que se les hayan tributado. Sin adulaciones y con supremo decoro, el retrato que de ellos hace es de una gran fidelidad:

⁵ De Barradas a Baudin, ob. cit., pág. 21.

⁶ De Barradas a Baudin, pág. 212.



P R I M E R O S V U E L O S

...“El brigadier veracruzano (Santa Anna) jamás pudo levantarse a las cimas luminosas del heroísmo razonador de Mier y Terán, ni sentir el fuego del patriotismo de Guerrero, elemental como el instinto y puro como sus enhiestas montañas. En éste había demasiada honradez campesina para contentar los apetitos de la baja democracia, y el primero no podía, en su alta dignidad de pensador solitario, consentir que se le hablase de privilegios condenados por la razón humana”.⁷

Pero juzgar a Guerrero y a Terán, no es tan difícil como emitir un juicio certero sobre Antonio López de Santa Anna. Lucas Alamán, Justo Sierra y Francisco Bulnes en el pasado, en nuestro tiempo don Vito Alessio Robles, don José Valadés y don Rafael F. Muñoz, son los únicos hombres que han podido igualar sus juicios sobre Santa Anna, a los certeros brochazos con que Pereyra supo magistralmente pintarlo:

“Todas las fuerzas elementales, que han pugnado en nuestra historia, tuvieron en los actos de Santa Anna, su anuncio precursor. Esto se explica; no es una mera fantasía literaria, todo anhelo, todo apetito, en una sociedad desquiciada, se hace facción, y la facción necesita de un hombre depravado y activo. Este hombre era Santa Anna, y lo era siempre, porque en treinta años nadie le superó en sensibilidad para conocer y en actividad para seguir la corriente tumultuosa del día. Era el barómetro de las agitaciones nacionales. Después de cada naufragio, cuando parecía zozobrar irremisiblemente, se alzaba de nuevo para ser el deseado, el salvador de los pueblos.”⁸

JUARISMO Y ANTIJUARISMO

Bulnes no se arredró ni ante los débiles ataques de un hombre como Iglesias Calderón, ni ante la vigorosa dialéctica

⁷ De Barradas a Baudin, ob. cit. pág. 46.

⁸ De Barradas a Baudin, ob. cit., pág. 47.



J U A R I S M O Y A N T I J U A R I S M O

de Pereyra. Don Carlos por su parte continuaría con brillante resultado, su duelo caballeresco contra Bulnes. El momento era propicio, el centenario de Juárez iba a dar lugar para una gran batalla intelectual.

Si se considera que el Porfirismo está muy cerca de la guerra de Reforma y del Imperio, se explica fácilmente por qué los escritores de aquel régimen, escribían con la pasión misma que movió a los protagonistas de esta magna lucha. En el momento álgido de la guerra de Reforma, y en el momento dramático en que la República iba a hundirse definitivamente, frente a un trono que parecía consolidarse, el barco en que navegaba Juárez no sólo era azotado por el oleaje de los enemigos de la causa que defendía. Liberales como González Ortega, Aguirre y Altamirano, eran de los que no ocultaban sus antipatías para el presidente oaxaqueño. Consolidada la República, la reyerta contra Juárez tomó las proporciones de que ya hablé anteriormente. Muerto este presidente, los odios que sentían contra él algunos liberales, se atenuaron.

El año de 1904 era el decisivo para la personalidad intelectual de Bulnes; iba a ser el de su consagración. Un sentimentalismo romántico trazaba desmesurados cuadros de historia sacados de un molde de novela. Ante el criterio de la historia legendaria, los hombres bajaban como ángeles para cumplir una tarea divina; no se entendía que la historia para poder ser tal, necesita hablar del grande hombre como formando parte de un engranaje social; los directores de pueblos participan de los vicios y defectos, así como de las virtudes de los conglomerados sociales a que pertenecen. Ante las apreciaciones de hombres como Anastasio Zerecero y Angel Pola, Juárez era un hombre todo rectitud, todo fe y todo entereza. Ninguna vacilación habíase presentado en el curso de su carrera política. Una sólo mácula era imposible que empañase su frente. En realidad no había salido el libro suficientemente sólido, que hablase sobre el referido presidente y su tiempo.

Bulnes, llevado en gran parte por el afán de contrariar la



P R I M E R O S V U E L O S

creencia común, y de hiperbolizar sus puntos de vista para mejor convencer o para reírse del público, produjo el libro que fué el toque de atención para una reñidísima contienda: “El Verdadero Juárez”. Ninguna de sus obras había exasperado tanto, éste hizo derramar raudales de tinta. La lucha se entabló tenaz, inteligencias de todas las magnitudes tomaron las armas en defensa del hijo de Guelatao.

Bulnes ha de haber reído muchas veces frente al océano encrespado de súbito. Gentes de espíritu estrecho llegaron a insultar a Bulnes de la manera más soez. Hilarión Frías y Soto llegó a decir:

*“Comprendí que para contestar y refutar la última obra del señor Bulnes era preciso perder una gran suma de tiempo recorriendo archivos y bibliotecas en pos de infinidad de documentos oficiales, labor casi imposible para quien tiene otras preferentes de las cuales subsiste”.*⁸

Tenía la convicción de que investigar la historia “era un perder el tiempo ¿o era un inepto que no entendía el significado de los vocablos que empleaba? En realidad los dos puntos de vista podrían conciliarse: era efectivamente un incompetente y perdía su tiempo por ser incapaz de entender a Bulnes. En parte lo cegaba la egolatría y movido por el interés lanzó sus dardos envenenados contra Francisco Bulnes:

*“Yo el viejo jacobino periodista, yo el más insignificante de los escritores mexicanos, también vengo a tomar mi puesto de combate en la cruzada santa contra este audaz acusador de Juárez. . . Si el señor Bulnes ha tenido valor para cometer un atentado histórico, a mí me sobra para sujetar a este furioso demente, aplicarle la camisa de fuerza y hacerlo volver al mundo del juicio y de la razón”.*¹

A estos ataques había que agregar los de gentes como Genaro García e Iglesias Calderón. La tempestad no cesaba. Los admiradores de Juárez y los vocingleros que nunca faltan

⁸ H. Frías y Soto. Juárez Clarificado, págs. 6 y sigs.



JUARISMO Y ANTIJUARISMO

en toda contienda intelectual, pedían a Bulnes que opusiera el blindaje de sus nuevas apreciaciones al torpedo implacable de la crítica. Bulnes contestó a sus adversarios con otro libro, *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma*. En él expresó:

*“El jacobinismo mexicano ha adoptado el personalismo hasta la divinización, la crítica histórica tiene que aparecer como una blasfemia, ante los numerosos esclavos de las palabras huecas, de los sentimentalismos de vanidad de horda, y de ideas exóticas para todo medio civilizado... Las llamadas biografías de Juárez, escritas por los señores Zerecero, Baz y Sosa, son excitantes de hilaridad para las personas de criterio sano. “Biografía” quiere decir descripción de la vida. En la vida de todo individuo hay errores, faltas, torpezas, malas acciones, méritos, energías, debilidades, y tratándose de un hombre público el conjunto de su existencia es extremadamente complejo. En lo que se llama biografías de Juárez, se han suprimido todos los errores, todas las faltas, todas las debilidades, todas las malas acciones, y se han hiperbolizado los méritos con las turbias lentes del politiquero a diez mil veces sus diámetros”. “Semejantes obras deben calificarse generosamente de caramelos literarios, teñidos con la fuchina del sectarismo y que propinados al pueblo mexicano por millones de toneladas lo han hecho dispéptico para la civilización”.*¹

En seguida desenvuelve las 600 páginas de su requisitoria contra Juárez. Los cargos que le hace son tremendos, muchos de ellos justos. Pese a los sofismas que hay dentro de algunas de sus apreciaciones, la obra o mejor dicho las dos obras contra Juárez, obligaron a la crítica a enfilar en sentido diverso a la trayectoria que se había seguido.

El año de la publicación de *El Verdadero Juárez*, había salido a luz la refutación de Pereyra. ¿Por qué no hizo refe-

* Francisco Bulnes. *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma*, págs. 31 y 32.



P R I M E R O S V U E L O S

rencia Bulnes a ella y sí en cambio habló de Fernando Iglesias Calderón, Genaro García y de Hilarión Frías y Soto? ¿Se daría cuenta de todo lo que significaba Pereyra como polemista? En realidad la obra de don Carlos comparada con la de los otros tres refutadores, es sin disputa cien veces más meritoria.

Imposible desconocer que el prisma de un romanticismo ingenuo hacía mirar las cosas enormemente deformadas. Un patriotismo al margen de la realidad histórica, había trazado infinidad de veces cuadros irreales sobre la Reforma y la Intervención, y hablaba en sentido adulatorio de la personalidad de Juárez. Este estadista era deificado, con detrimento del mérito que correspondía a otras figuras que se habían destacado en las luchas, que consolidaron el liberalismo y la República.

Por eso Pereyra con una probidad que mucho le honra manifestó:

*“Juárez por su grandeza merece investigaciones que hagan indemne su memoria a los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación tome formas de admiración mística”.*¹⁰

Bulnes acusaba a Juárez de incompetencia y apatía. Lo hacía responsable de no haber conjurado la intervención francesa, cuando estaba en sus manos hacerlo. Pereyra reacciona vigorosamente contra esta inculpación. Cierto es que a veces habla con ironía, sin embargo hay respeto para su adversario:

“El artista que hay en el Sr. Bulnes, pidió la palabra para hacer una historia emocionante, nueva, y maravillosa sobre todo. Napoleón es el príncipe cautivo; Morny el ogro que come carne tierna de niños, y Juárez, un zafio pechero que

¹⁰ Carlos Pereyra. Juárez Discutido como Dictador y Estadista,



J U A R E Z S U O B R A Y S U T I E M P O

no acierta con los medios de embriagar al ogro para desencantar después al príncipe y salva a los niños que han de ser manjares del festín”.¹¹

En *Juárez Discutido*, Pereyra no se perdona derroche de dialéctica, para hablar de las verdaderas causas del origen de la Intervención. Con supremo análisis, juzga también todos los obstáculos que impidieron la consolidación del trono de Maximiliano.

En aquella época en que la República parecía zozobrar definitivamente, frente a la amenaza del Imperio, tuvo Juárez una significación política, que Pereyra consideraba de capital importancia. Pero admira en Juárez, a un caudillo nacional no al símbolo de una raza abatida. En el alma de Pereyra, nunca hubo espacio para esa posición aberrante, que hace de Juárez un exponente furioso del antiespañolismo.

*“Juárez no es el representante de las potencias virtuales de una raza abatida; es la figura nacional por excelencia, el símbolo en que se unifican e idealizan los elementos nacionales; fué un indio excepcional, pero en la historia es el primer mexicano. Su estatura se agiganta con los años, y sin embargo, no se pierden las líneas de su fisonomía. . . . Juárez no es legendario, cada día es más real; más humano, más hondamente analizado, y del estudio de su vida recibimos la luz de la convicción y la fuerza del deber”.*¹²

JUAREZ, SU OBRA Y SU TIEMPO

Justo Sierra que desde su juventud había sentido por Juárez la más honda admiración, creyó que era su deber de patriota y de historiador, escribir un libro sobre este gran me-

11 Juárez Discutido, ob. cit., páb. 28.

12 Juárez Discutido, ob. cit., pág. 26.



P R I M E R O S V U E L O S

xicano, con motivo de la celebración del primer centenario de su nacimiento.

Don Justo, como sociólogo que era, no iba a producir una biografía en que el grande hombre quedase emancipado de su medio social. Era preciso explicar al biografiado en función de sus relaciones con su tiempo y sus contemporáneos; de allí que su libro, respondiendo a esta exigencia, se llamara con justeza *“Juárez, su obra y su tiempo”*.¹³

En Sierra la preocupación del historiador no se desprende de la obsesión del educacionista. Quiere ser ante todo un maestro de civismo, y por eso pone la figura de Juárez como un modelo para la juventud. Siendo don Justo fundamentalmente un hombre de afirmaciones y un espíritu armónico, sintió sin embargo que su conciencia se sublevaba contra los ataques antijuaristas de Bulnes. Por eso es que a través de su obra se refutan: “El Verdadero Juárez” y “Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma”. Pero con un decoro del que hay pocos ejemplos, cuando a él se refiere, habla, habla siempre en forma poco concreta y sobre todo cuando le lanza ataques. A veces únicamente conociendo a Bulnes, se puede comprender que ciertos argumentos de Sierra van dirigidos contra las afirmaciones del detractor de Juárez. No es su libro una necia apología; si lo fuese, no tendría más valor que una biografía novelada. Como no lo inspira un afán exclusivamente demoledor, descarga su artillería contra los sofismas de Bulnes, pero le rinde pleitesía allí donde nadie le debe negar su aprobación. Una legión de juaristas de visión limitada, incapaces de sentido analítico profundo, quieren ver en las obras de don Justo y de Bulnes dos mundos inconciliables. En realidad se completan entre sí.

13 Este libro no fué escrito solamente por don Justo, Carlos Pereyra intervino también como colaborador, en la forma en que se dirá más adelante.



J U A R E Z , S U O B R A Y S U T I E M P O

Sierra, al igual que el autor de *“El Verdadero Juárez”*, no ha trazado la leyenda de un hombre impecable. Pero mientras el segundo maneja su poderosa dialéctica con el único objeto de censurarlo, don Justo aspira ante todo a buscar una explicación de su conducta y una justificación de los hechos:

...“Los honores regios tributados a Santa Anna hasta en efígie, parecían actos patrióticos: eran solo actos serviles. Juárez se complicó en uno de ellos; esto ha sido irrefragablemente comprobado (véase Bulnes *“Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma”*). Juárez tuvo considerables defectos y entre ellos el que es común a todos los mortales, de no saber resistir siempre a la tendencia de confundir nuestros intereses personales con los intereses políticos. De este limo nunca estuvo exento el gran Presidente, porque en él la ambición fué poderosa... La verdad es que el reproche al hombre es insignificante; casi todos hacían lo mismo: el reproche al liberal en grado heroico es grave; quisiéramos que no lo hubiese merecido. Pero lo mereció...”¹⁴

Es ésta una de las pocas veces en que Sierra habla de Bulnes, para darle en parte su aprobación. Cuando lo ataca fuertemente, se abstiene de nombrarlo.

Pero no es posible comentar en este trabajo toda la importancia de las contribuciones de Justo Sierra, dentro de *“Juárez, su Obra y su Tiempo”*. Ante todo, dadas las finalidades del presente ensayo, lo que precisa señalar es el valor de las aportaciones de Pereyra dentro de este libro.

La publicación de *“Juárez, su Obra y su Tiempo”* había de ser por entregas y el propio don Justo, periódicamente daría a la editorial Ballezá lo que fuera produciendo. Pero llegó un momento en que sus múltiples ocupaciones, le impidieron dar cumplimiento a sus compromisos. Ante las exigencias del público, que deseaba que se continuara la publi-

14 Justo Sierra, *“Juárez, su Obra y su Tiempo”*, pág. 62.



P R I M E R O S V U E L O S

cación del libro, y en la imposibilidad inmediata de que Sierra pudiera seguir escribiendo, se pensó en la necesidad de nombrar un historiador que pudiera llevarla a feliz término. Ese hombre fué Pereyra.

Se planteó así un problema histórico, que sólo ha sido resuelto hasta nuestro tiempo. Durante más de cuarenta años, no se había deslindado en términos precisos la parte escrita por Sierra y la hecha por Pereyra.